

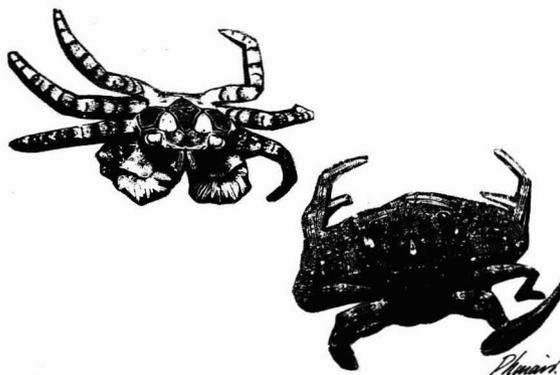
# Alfredo Pareja Díezcanseco

ADOLFO CASTAÑÓN

Al escritor mexicano que llega a Quito a saludar la edición en el diario *Hoy*, en *Periolibros* —el proyecto que auspician la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica—, de la novela *El muelle* del escritor ecuatoriano Alfredo Pareja Díezcanseco se le despiertan algunas reminiscencias compartidas: las aventuras del imaginero del siglo XVII Miguel de Santiago, cuya vida y leyenda fue recreada por nuestro autor y publicada en México en 1952, las imágenes marciales del Mariscal Sucre —que le da nombre a una conocida plaza de México—, el nombre incendiario del conjurado polemista y constitucionalista ecuatoriano Vicente Rocafuerte, tan decisivo en el proceso de la Independencia mexicana, la amistad irrefragable de Alfonso Reyes y Gonzalo Zaldumbide —ese gran escritor ecuatoriano eclipsado en la memoria—, en cuyo departamento en París se dio la primera lectura pública del gran poema dramático *Ifigenia cruel* del maestro mexicano. La figura generosa y ubicua, animadora en más de un sentido, de Benjamín Carrión, que supo hacerse tan amigo de algunos intelectuales mexicanos como Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas, que llegó a hacerse confidente de los editores del Fondo de Cultura Económica, como hace ver la carta que, desde México, le escribe a Alfredo Pareja Díezcanseco para hacerle ver por qué la editorial no daba en ese tiempo representaciones pero cómo en cambio “le convendría a usted un viaje para reestablecer conexiones amistosas y ver esta nueva cosa que es México, el México de hoy [1958], lleno de toda clase de posibilidades”.

Pareja, de hecho, había entrado en contacto con el Fondo de Cultura Económica

desde años antes. En 1945 le escribe a Benjamín Carrión: “Acaba de salir en Tezontle, pero del Fondo de Cultura Económica, la segunda edición de *El muelle* con el generoso prólogo que usted escribió hace doce años.” Digamos entre paréntesis que éste es un misterio editorial pues no encontramos ni registro ni ejemplar



de esa edición, que hoy —qué casualidad, ¿no?— vuelve a tener el sello del Fondo de Cultura Económica.

La carta de Pareja Díezcanseco a su amigo Benjamín Carrión remata con una frase significativa: “Hay casi una difícil invasión ecuatoriana en este difícil y tormentoso México.” La invasión seguiría: a los nombres citados ha de añadirse el de Demetrio Aguilera Malta, amigo, colega, coetáneo y contemporáneo de Pareja que colaboró muy activamente con el nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez y con Benjamín Carrión en la Comunidad Latinoamericana de Escritores. Como Carrión, Aguilera fue embajador en México; como Carrión, propagó el conocimiento de las letras ecuatorianas en México. Más recientemente esa invasión ilustrada la animan el crítico y sociólogo Agustín Cueva y el risueño cuentista de Guayaquil Miguel Donoso Pareja, que tanto ayudó a formar a los jóvenes escritores mexicanos de los

años setentas (Guillermo Samperio y Juan Villoro, entre otros). Hoy la bandera ecuatoriana en la ciudad mexicana de las letras la enarbolan el filósofo, también marxista, Bolívar Echeverría y el cuentista, ensayista y traductor Vladimiro Rivas Iturralde, cuya última novela, *La muerte del tigre* se presentó —qué casualidad, ¿no?— la misma semana en que se celebraban las exequias de Emilio *El Tigre* Azcárraga, el mexicano *Citizen Kane*, fundador y propietario de Televisa.

Al igual que Demetrio Aguilera Malta, Alfredo Pareja pertenece a esa generación que Ecuador llama “la generación del año 30”.

La generación del año 30 —sostiene Jorge de Icaza, otro de sus más conspicuos y ardientes exponentes— es un momento estelar en la historia de la literatura ecuatoriana. Un momento estelar que no ha podido repetir Ecuador, y que ha tenido antecedentes lógicos en una literatura de lucha, en una literatura de combate que nace desde la época de la Colonia con Eugenio Espejo y luego con los primeros años de la República, con el caso de Montalvo. La literatura ecuatoriana, en su tradición profunda, es una literatura de lucha ... lucha que corresponde fatalmente a un continente, a un mundo que se está formando.

Y sigue Icaza:

El valor ético que tuvo la generación del año 30 es extraordinario; es única en América porque toda una generación dijo la verdad en el momento en que esa verdad era difícil decirla, era tan difícil decirla que todos los miembros de esa generación fueron apartados de la sociedad, excomulgados.

Tiene razón Icaza al hablar de una palabra que se alumbra litigante en un mundo que se encuentra en formación.

Tiene razón Icaza en que la dimensión ética de esta generación es extraordinaria; no la tiene al postularla como única y aislarla. Hoy el crítico Edmundo Rivadeneyra, el novelista Jorge Enrique Adoum, ayer

Pedro Henríquez Ureña en *Las corrientes literarias de la América hispánica*, asocian esta empresa colectiva de fabulación llamada generación del 30 a otros conjuntos regionales como la novela realista e indigenista peruana y la novela de la Revolución mexicana. La asociación no es, por supuesto, gratuita: peruana, mexicana o ecuatoriana, la narrativa de Arguedas, Azuela, José Revueltas o Aguilera Malta suscita una pregunta: ¿es posible escribir en América una literatura que no sea realista? ¿Las dimensiones de América no reclaman una literatura capaz de cifrar, para evocar al incómodo Borges, el tamaño de nuestra esperanza? ¿Será por eso que la novela latinoamericana de corte realista —como escribió en 1971 Ciro Alegría— “tiene más de sociología, de geografía, de folclor, de tesis, de reportaje, de tratado de materias primas que de novela”? ¿El realismo es un signo de la minoría de edad intelectual de nuestro continente o, por el contrario, una prenda de madurez y de autenticidad moral? No es ésta la primera vez que se asocia la cuestión del realismo y de la verdad novelesca. Demetrio Aguilera Malta, José de la Cuadra, Joaquín Gallegos Laga, Pablo Palacio, Jorge Icaza y Alfredo Pareja Díezcanezo vincularon ese enunciado novelesco y veraz a la existencia de una persona colectiva, esa región de la edad ecuatoriana llamada generación del 30. En un epígrafe a *Siete lunas, siete serpientes*, Aguilera Malta advierte: “Esta especie de saga sólo es mía en parte. En la medida en que una voz perteneciente a un coro entona —en forma transitoria— un solo cuya melodía puede vibrar también en otras voces fraternas.” La persona colectiva apellidada generación del 30 comparte un paisaje y una imagen de la historia. Alfredo Pareja Díezcanezo ha delineado así algunas de las circunstancias en que irrumpe ese coro: “El liberalismo —escri-



be— estaba fatigado, casi exhausto” [se refiere desde luego a la Revolución liberal de 1895]. Los esfuerzos que hicieron los liberales por comprender lo que pasaba en el mundo y obrar en consecuencia no alcanzaron un resultado feliz.

El Partido Liberal dio marcha atrás: empezó a convertirse de revolucionario en conservador. A pesar de él, el país entraba en lo nuevo a saltos, a convulsiones. Se desquiciaban los sentimientos de seguridad; así el cacao bajaba de precio en el mercado mundial y la peste secaba las huertas. El pueblo se lanzó a las calles porque quería que el dólar costase menos. Y la metralleta mató a 1500 hombres y mujeres. Todos los de la generación de 1930 vimos, con los ojos húmedos, esta matanza. Los trabajadores empezaron a organizarse. Se dieron pasos para la fundación del Partido Socialista. Y en 1925 los militares jóvenes, de ideología confusa pero generosa, tomaron el poder. Aunque

fallaron en la administración debido a su inexperiencia y el afán precipitado de reformas, dejaron las bases de una nueva organización del Estado. Entre los jóvenes, se pensaba en el milagro de la Revolución rusa; pocas veces en la mexicana.

Con estas coordenadas marcando el calendario, Alfredo Pareja publica en 1933 la novela *El muelle* cuando apenas cuenta veinticinco años. La edita la Editorial Bolívar en el número 9 de la Biblioteca Ecuatoriana. La Editorial es propiedad de unos hermanos Rumazzo (Alfredo y José) que editan quinientos ejemplares a cambio de 150 sucres. Al autor le prometen cincuenta, pero pasado el primer mes sólo le dan veinte. El libro lleva un generoso prólogo de Benjamín Carrión —que se incluye sólo porque Pareja les paga a los Rumazzo 16 sucres más—. Pero al joven novelista no le asustan los contratiempos ni el duro oficio de vivir escribiendo. Su formación ha sido azarosa, rica y lle-

na de experiencias y como prueban numerosos casos —en México: Juan José Arreola, Octavio Paz y Juan Rulfo— la autodidáctica no es la peor pedagogía para el escritor, sobre todo si como el autor de *El muelle* ha nacido en una casa con libros.

“He tenido un montón de empleos ... he ejercido ... todos los oficios que usted se pueda imaginar ... Uno es como la vida lo hace. La vida lo avienta a uno por un lado y por otro. Uno es un poco una hoja al viento del destino.” Sin embargo, ésta no es una formación inadecuada para un escritor, en particular para un novelista que culminará acariciando la idea de una *novela-río* bajo el título y realizando en parte general de *Los nuevos ríos*. *El muelle* es la obra de un escritor que entre todos los miembros de su generación se distinguirá por su vocación caudalosa de novelista. “Alfredo Pareja Díezcanezo —como escribe Jorge Enrique Adoum—

es el único que podría decir de sí mismo: 'Profesión: novelista.' Es el único que jamás pasó por la supuesta sala de espera del cuento y el único que puede contar hasta diez novelas. En realidad, hasta trece." Esa avidez humilde, esa fluvial narración que llevará la palabra del narrador a configurar una verdadera *imago-mundi* acopla a Pareja con otros novelistas como el ya mencionado Mariano Azuela, el venezolano Rómulo Gallegos o el usamericano Theodor Dreiser, novelistas, todos, telúricos, de vigorosa raigambre histórica y social, pertenecientes a esa edad épica, originaria y primigenia de un mundo que se está formando, que podríamos llamar, siguiendo a Edward Wilson, la de la novela-mas-

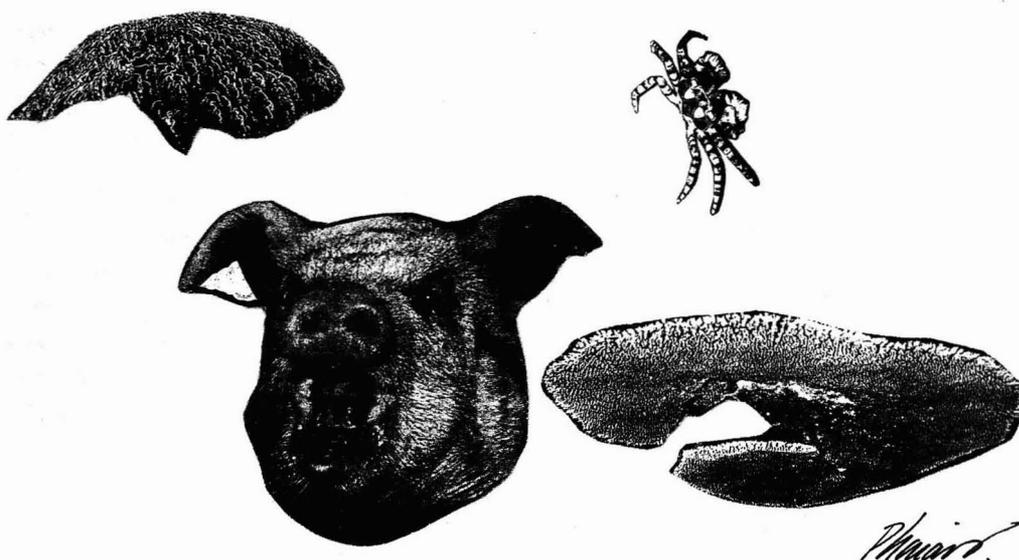
lle una geografía demasiado humana y demasiado urbana, una veraz población de gente humilde de Guayaquil. Trabajadores del puerto, que hormigean en un mundillo simple de familias pequeño burguesas y de empleados domésticos que extraen su fuerza del papel desmesurado que el autor les lleva a desempeñar y que no siempre coincide con su verdadera estatura ética o emotiva.

*El muelle* es una novela sencilla pero no lineal. Dos mundos dialogan en sus páginas, la promesa desolada y la esperanza rota. Nueva York y Guayaquil cuyo común denominador es en primer lugar el trabajador Juan Hidrovo, conocido en los bajos fondos proletarios de Nueva York bajo el

Mariño. *El muelle* es una narración sobria, seca, cuyos acentos desolados recuerdan a J. C. Onetti, cuyas minucias y personajes humildes evocan los de las *Vidas mínimas* del chileno José Santos González Vera, un escritor hoy poco conocido pero amigo de Carrión y seguramente leído en Ecuador, que como Pareja sabe imprimir relieve y fuerza a los personajes menores y más desamparados. En *El muelle* resuenan sobre todo ecos de la novela rusa realista a la usanza de Gorki, una lectura obligada en aquellos tiempos (1933) en que América y su novela se encontraban todavía en proceso de formación, fraguando el canon por venir, al final del proceso quizá pero todavía en él. *El muelle* es una

novela valiente no sólo porque denuncie ésta o aquella situación. Estriba su valentía en su desnudez formal, deliberada, y en el despojamiento que le permiten evocar impasiblemente el horizonte sin esperanza pero sin temor que asedia a sus personajes. Esa mirada no está exenta de ternura, de escrita conmisericordia. Y otro valor de esta novela en particular y de la literatura de Alfredo Pareja Díezcanezo estriba en que "con Pareja —como sostiene J. E. Adoum— aparece por primera vez en la novela

ecuatoriana la mujer no sólo como persona sino, lo que es más, como personaje actuante". Actuante y elocuente. *El muelle* cifra su valor realista no sólo en las descripciones visuales sino en la transpiración de voces y de hablas, en la inmediata convivencia de fábula y habla. Así, la pregunta por el sentido del realismo la resuelve *El muelle* mediante la autenticidad de las voces. La resuelve Pareja afinando y templando, con discreta armonía, las diversas voces de ese órgano indócil llamado *alma popular*. América existe porque unos hombres escuchan lo que otros dicen y hacen, porque unos hombres escuchan y transcriben en novelas su experiencia. Porque unos leen (por ejemplo en México), porque otros oyen... (por ejemplo en Ecuador). ♦



todontes. Pareja Díezcanezo no sólo emprenderá un vasto fresco social. Al igual que en el caso de Aguilera Malta su autobiografía creadora corresponderá a un desarrollo paralelo y pendular de la técnica de la novela, por lo cual no resultará demasiado difícil a los críticos identificarlo como a uno de los precursores del llamado *boom*, cosa que por lo demás ni lo encandila ni lo halaga según se ve en carta que le dirige a Demetrio Aguilera en 1966: "la mafia internacional que sigue con la fama prendida a los fondillos. Quizá a ti y a mí nos lean después de muertos. Quizá no nos lean nunca. ¿Y qué carajo nos importa?" (octubre de 1966).

Novelista enamorado como pocos de su oficio, Alfredo Pareja crea en *El muelle*

nombre de Ecuador como si Pareja sugiriera que en el destierro (oh, Emerson) todos somos hombres representativos de nuestro solar. En segundo, la pobreza, la desesperanza y las ásperas condiciones de vida de los obreros del puerto. Las mejores páginas de *El muelle* traen el aliento confuso de la ciudad; se desarrollan en los parajes inclementes de una Nueva York donde con toda la pena democrática y con las debidas saluciones a la libertad de empresa, son golpeados y asesinados los trabajadores emigrantes que se ven repentinamente cesados. Otras páginas lúgubrememente memorables son todas aquellas que María del Socorro —la prometida de Ecuador— es objeto de asiduo acoso y abuso sexual por el pícaro contratista Ángel